

Sobre un ensayo de versión rítmica de los bucólicos

Si el hexámetro grecolatino es una de las creaciones más insignes y acertadas de la Literatura mundial, no resulta extraño que en todos los idiomas se haya procurado incessantemente imitarlo. En unos casos con más éxito que en otros: la lengua alemana, favorecida con un agudo sentido de la cantidad y cuyos autores gozan de magnífica tradición literaria, ha hecho maravillas en este aspecto, y todo el mundo conoce y aprecia la celebérrima traducción homérica de Voss.

Pero, aparte de que, como indica Pabón en el librito a que luego volveré a referirme¹, la legitimidad del principio de la cantidad ha sido discutida en la misma Alemania, no cabe duda de que nuestra lengua, probablemente menos sensible en el aspecto cuantitativo, se presta de peor grado a tales bellezas.

Aquí debo seguir un muy serio y meditado estudio de mi antiguo alumno, excelente latinista, Francisco Pejenaute, que, en trabajo² encaminado a completar y rebatir en parte lo antes expuesto por otro querido colega, Víctor José Herrero³, realizó una clasificación a mi modo de ver insuperable de los muchos intentos que, con varia fortuna, se han producido en este campo por parte de los escritores de España y América.

1 Pabón, *Homero* (Barcelona 1947) 197-8.

2 Pejenaute, 'La adaptación de los metros clásicos en castellano', *Est. Cl.* XV (1971) 213-34.

3 Herrero, 'La lectura de los versos latinos y la adaptación de los ritmos clásicos a las lenguas modernas', *ibid.* XII (1968) 569-82.

Ante todo tenemos lo que él llama «adaptación a la greco-latina», representada principalmente por don Sinibaldo de Mas⁴, que, sin embargo, consciente de la enorme dificultad que llevaba consigo la aplicación de sus reglas teóricas, a la hora de traducir la *Eneida* echó mano de un verso parecido a los de Rubén y otros que luego tocaremos.

Pejenaute cita (nos contentamos con sus ejemplos, porque no hemos tenido tiempo de buscar otros ni hacía falta) modelos de Mas como

Préstame, blanda Musa, el encanto aquel melodioso,
el fuego ardiente, el hechizo, el sacro cántico dulce
que un día del Xanto célebre, del sesgo Meandro
diera a las riberas grande fama, póstumo nombre.

Es decir, hexámetros con espondeos respectivamente en el tercero y cuarto pie; primero y segundo; segundo y cuarto y primero y tercero, construcción, pues, muy armoniosa, pero menos afortunada en cuanto a la cesura, hepthemímeres en el tercer verso, penthemímeres en el cuarto, pero mezclada torpemente con sinalefas en los dos iniciales.

Esto es hermoso, pero requiere precisiones. En primer lugar, ¿son auténticas las complicadas reglas por que establece las cantidades Mas? ¿Cabrían hoy mediciones experimentales? ¿No habría que incluir un elemento subjetivo de *tempo* en la recitación? En todo caso, la verdadera clave de la imitación homérica residiría en la habilidad del recitador y en su estudio anterior del texto; quien se lance a él sin medir y calcular previamente no logrará más que una versión «bárbara» de lo antiguo como las que luego veremos.

Es lo mismo que antaño⁵ objeté yo a mi querido y hoy añorado don Daniel Ruiz Bueno con ocasión de su traducción de la *Iliada*⁶. Al ser hecha ésta en una especie de prosa rítmica sin la apoyatura que al lector hubiera concedido la presentación de los períodos en líneas separadas, el recitador desprevenido cojea de repente y se ve en riesgo de grave caída. Rodríguez Adrados lo comprendió bien y, después de

4 Mas, *Sistema musical de la lengua castellana* (Barcelona 1832).

5 Fernández-Galiano, res. en *Est. Cl.* IV (1957-58) 43-8.

6 Ruiz Bueno, *Homero. La Iliada I-III* (Madrid 1956); réplica a mi reseña, 'Sobre mi versión rítmica de la «Iliada»', *Est. Cl.* IV (1957-58) 386-98.

darnos un *Edipo rey* ⁷ «a cuerpo limpio», nos ofreció un *Hipólito* ⁸ provisto de toda clase de signos, gráficamente incómodos, pero necesarios.

A Pejenaute le gustan mucho otros versos («hexámetro dactílico con sustituciones») que incluye en su cuarta clase, la del llamado «sistema *scandere*», pero que yo, por más que me he esforzado, no consigo distinguir de los «sinibál-dicos». Bellos sí son. Así los de José Eusebio Caro ⁹:

¡Céfiro, rápido, lánzate! ¡Rápido empújame y vivo!
 Más redondas mis velas pon: del proscrito a los lados
 haz que tus silbos susurren dulces y dulces suspiren.
 Haz que pronto del patrio suelo se aleje mi barco.
 ¡Mar eterno! Por fin te miro, te oigo, te tengo...

La métrica es menos variada, si se juzga por estos versos, que la de Mas: el primero es holodáctilo, el tercero tiene espondeo en el tercer pie, los otros tres lo exhiben en los dos primeros pies impares. La censura es hepthemímeras en el segundo; en el último, una especie de trocaica que corta las breves del cuarto pie; en los otros tres, y esto es importante por lo que luego diré, no hay cesura, sino diéresis que divide en dos hemistiquios.

También es muy partidario de Juan Francisco Ibarra ¹⁰. Veamos una muestra:

¡Oh, divino navio! Despliega tus velas de plata;
 surque la láctea Vía tu sacra carena; Canopo,
 tras tu estela radiosa, enciende el etéreo oleaje...

No continúo por abreviar, pero el esquema es bastante monótono: muy pocos espondeos, nunca más de uno por verso y resultando holodáctilos cinco de los once mencionados; siempre cesura trocaica (la auténtica, la del tercer troqueo, salvo una vez que aparece en el cuarto), etc.

7 Rodríguez Adrados, 'Sófocles. Edipo rey', supl. núm. 11 de la serie de traducciones de *Est. Cl.* (Madrid 1956).

8 Rodríguez Adrados, 'Eurípides, Hipólito', supl. núm. 13 de la serie de traducciones de *Est. Cl.* (Madrid 1958).

9 Caro, *Obras escogidas en prosa y en verso, publicadas e inéditas* (Bogotá 1973).

10 Ibarra, *Los días y las estaciones* (Buenos Aires 1932).

Y algo parecido ocurre con el admirado don Francisco Maldonado, quien tradujo¹¹ la IV de las *Bucólicas* de Virgilio en este tipo de versos. Pejenaute ha preferido citar un ejemplo de su versión¹² de la *Primera elegía romana* de Goethe:

Ruinas, columnas, mármoles, templos admiro extasiado,
como viajero ganoso de un útil, cumplido viaje...

El esquema es semejante: sólo tres espondeos en seis versos (se ve que, sin querer, el ritmo se le va a lo dactílico); cesura trocaica auténtica en dos, penthemímeros en otro, y nada menos que tres con diéresis.

En definitiva, preciosos empeños; pero hay que preguntarse si no será, como tantas veces, enemigo lo mejor de lo bueno y si resultarán estos versos, no escandidos por excelente vate, el mejor eco en el alma del lector de lo que se pretende traducir, es decir, trasladar fielmente a él.

A continuación Pejenaute pasa a exponer una embrollada teoría de Juan Gualberto González¹³, para el que toda la Métrica española se derivaba del hexámetro, por lo que la mejor manera de reproducir éste consiste en yuxtaponer dos versos de nuestra lengua, pero «poniéndoles los acentos en el mismo lugar en que aparecen en latín».

Con esto lo que González intuye, sin darse cuenta muy bien de ello, es que la reproducción de hexámetros en castellano, si se renuncia a la que yo creo utopía del empleo de los espondeos, exige un truco muy simple.

En latín, si se tiene en cuenta la regla de la penúltima, caben en términos generales cinco tipos de fin de hexámetro no espondaico:

a) una palabra de cinco sílabas o más con acento en la penúltima de ella y del verso y otro acento supletorio en la sílaba inicial (*Alcimedontis*, en Virg. *Buc.* III 37).

11 Maldonado, 'Virgilio. Egloga IV', supl. núm. 2 de la serie de traducciones de *Est. Cl.* (Madrid 1951).

12 Maldonado, 'La función del alejandrino francés en el alejandrino español de Rubén Darío', *Rev. Lit.* IV (1953) 9-58.

13 González, *Obras en verso y prosa* I-III (Madrid 1844).

b) en raras circunstancias, un tetrasílabo esdrújulo seguido de un monosílabo (el famoso *ridiculus mus* de Hor. *De arte poet.* 139) o combinaciones similares (*praeruptus aquae mons* en Virg. *Aen.* I 105).

c) una palabra de tres sílabas o más con acento en la antepenúltima seguida de un disílabo llano (*tegmine fagi* en *Buc.* I 1).

d) una de dos sílabas o más con acento en la penúltima seguida de un trisílabo llano (*meditaris auena* en *Buc.* I 2).

e) un monosílabo seguido de un tetrasílabo llano (*an Me-liboei* en *Buc.* III 1).

En definitiva, todo ello incita a una imitación del hexámetro en que las acentuadas sustituyan a las largas; las no acentuadas, a las breves; y un sonsonete final *tátaratára* refleje evocadoramente la cadencia del hexámetro en cuatro de estas cinco modalidades, o sea, en el 99% de los versos.

Rubén Darío se dio buena cuenta de ello. Pejenaute ha visto agudamente que sus supuestos hexámetros tienen muy poco de tales en sentido estricto y se atienen poco más o menos al principio de la yuxtaposición que Juan Gualberto patrocinaba. Tomemos, por ejemplo, la *Salutación del optimista*, cuyos 59 versos me he entretenido en analizar.

De ellos solamente hay cinco, uno repetido, que resulten hexámetros holodáctilos, de los que el último obliga a suponer acentos secundarios en la inicial de *primaverales* y entre los que presentan diéresis los tres primeros y cesura trocaica auténtica los dos últimos:

1 = 59	inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda
37	tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes
38	únanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos
44	juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
48	sientan los soplos agrarios de primaverales retornos

Pero el resto no son más que yuxtaposiciones de versos de 5 y 8 sílabas (17), 6 y 8 (5), 6 y 9 (43), 6 y 10 (49), 7 y 7 (7; 18, con hiato en la diéresis; 22, 55, 57), 7 y 8 (2, 23, 26, 33; 39, con hiato en la cesura; 56), 7 y 9 (14; 24, con hiato; 35, 45, 47, 54), 7 y 10 (3, con hiato en la cesura; 4, 6, 8, 9; 10, con hiato en la cesura; 12, con sinicesis; 13, 15, 16, 19, 20, 21, 25, 27, 28, 29, 30;

31, con hiato; 34, 36, 50, 51; 52, con hiato en la cesura; 58), 8 y 7 (53), 8 y 8 (40, 42), 8 y 9 (41, 46), 8 y 10 (32), 9 y 7 (11).

Es de advertir que tampoco el sonsonete se da siempre, por ser admitido el esdrújulo final (4, 25, 30, 36, 39, 49) o en otros casos (2, cuyo final es *almas, salve*; 7, *sibila sueña*; 43, *esa epifanía*; en 47 hay que suponer una acentuación llana para *pristino*).

Sistemas semejantes de tipo yuxtapositivo parecen ser el de la égloga *Licidas y Coridón* de Villegas, a pesar de la ingeniosa interpretación en otro sentido de García Calvo¹⁴ (en los tres versos iniciales se dan 8 y 10, 8 y 6, 6 y 9), y los de Rafael Pombo y Menéndez Plancharte, mencionados por Pejenaute.

En cambio, Salvador Rueda se atiene a los holodáctilos. Pejenaute cita un pasaje de Alonso Cortés¹⁵ en que se cuenta cómo el poeta andaluz quiso imitar las recitaciones de la *Iliada* que oía en griego a un sueco erudito: todo esto me parece un poco fantástico, pues el nórdico pronunciaría indudablemente con espondeos, mientras que Rueda ha optado, aun arriesgándose a la monotonía, por lo más sencillo y probablemente lo más inteligente en nuestra lengua, que es ampliar el mencionado sonsonete final a una serie de seis dáctilos:

Entre el sopor de la siesta que duerme Galicia lozana...

De los cuatro versos recogidos por Pejenaute, tres tienen la cesura trocaica auténtica y uno la espuria del cuarto troqueo.

El uruguayo Pedro Luis Heller¹⁶ se equivoca, en opinión de Pejenaute y mía, al defender el hiato a rajatabla introduciendo así un tipo de declamación lenta y cacofónica; por lo demás, los ocho versos copiados en el trabajo que seguimos ofrecen variedad de cesuras: una penthemímeras, cinco tro-

14 García Calvo, 'Unas notas sobre la adaptación de los metros clásicos por D. Esteban Villegas', *Bol. Bibl. Men. Pel.* XXVI (1950) 92-105.

15 Alonso Cortés, 'Salvador Rueda y la poesía de su tiempo', *Artículos histórico-literarios* (Valladolid 1935) 151-270.

16 Heller, *Fundamentos teóricos de la reproducción métrica de versos griegos I-II* (Montevideo 1961-62).

caicas auténticas, una hepthemímeres y una trocaica espuria.

Y con esto llegamos ya a lo que yo por lo menos considero gran hallazgo de mi maestro, consumado helenista y latinista y fino poeta, don José Manuel Pabón. Las primicias de su método aparecieron al final de su librito sobre Homero¹⁷ con una versión del libro VI de la *Odisea*; posteriormente¹⁸ ha publicado el V, IX, XIII, XIV y XXII; su traducción entera está ya a punto para la edición y creemos que pronto podrá ver la luz, con lo cual tendremos una gran oportunidad para tributarle el homenaje que en su fecunda ancianidad merece. Y no es el último de sus méritos el haber acertado a infundir en sus discípulos el entusiasmo por la noble y armoniosa traducción de los hexámetros griegos: el hoy difunto Antonio González Laso, catedrático que fue del Instituto «San Isidro» de Madrid, siguió a su maestro en muy acertadas versiones¹⁹ de los cantos VII y XII de la misma epopeya, y la cosa no ha parado aquí, como veremos.

Pabón antepone a su primera traducción una breve nota explicativa en que

a) parece desconfiar de la capacidad de nuestra lengua para producir esquemas cuantitativos como los de Voss;

b) considera el verso de seis acentos demasiado rotundo y solemne para empleado en largas series sin insoportable monotonía;

c) teme que dicho verso tienda a dividirse en dos hemistiquios cayendo así en fractura y amaneramiento como los alejandrinos por lo regular;

d) nota que la mayor parte de los hexámetros latinos sueñan a nuestro oído con cinco acentos y no seis: así en Virg. *Georg.* IV 511, *quális popúlea maérens Philoméla sub úmbra*;

e) se inclina, pues, a un «hexámetro» de cuatro dáctilos y un espondeo;

17 Pabón, o. c., 197-210.

18 Pabón, 'Homero. Odisea. Canto V', supl. núm. 1 de la serie de traducciones de *Est. Cl.* (Madrid 1950); 'Cuatro cantos de la «Odisea» (IX-XIII-XIV-XXII)', supl. núm. 7 de la segunda serie (Madrid 1969).

19 González Laso, 'Odisea. Canto VII', supl. núm. 4 de la serie de traducciones de *Est. Cl.* (Madrid 1952); 'Odisea. Canto XII', supl. núm. 7 de la misma (Madrid 1954).

f) no excluye, con todo, el verso de seis acentos que pueda dar énfasis al principio y fin del período;

g) autoriza una anacrusis átona de una o dos sílabas antes de la primera tónica; así los versos oscilarán entre 14 y 16 sílabas, lo que deja un margen algo menor que el de los hexámetros cuantitativos latinos no espondeaicos, que oscilan entre 13 y 17.

Por mi parte, estoy completamente de acuerdo con estas opiniones, salvo en lo que toca al riesgo de partición en hemistiquios, cosa que, como hemos visto, se da en Caro, Maldonado y Rubén, pero no de modo general; ahora bien, evidentemente la mejor manera de evitar una diéresis es que el número de pies resulte impar y dé así origen a una variedad de cesuras de las que un hábil recitador puede sacar partido.

La anacrusis es un gran acierto, pues proporciona fluidez al ritmo y resulta único lugar del verso en que pueden introducirse secuencias imposibles en otros; la sucesión de dáctilos en dosis moderadas no produce tedio, sino, todo lo más, una especie de estado semihipnótico muy concorde con la entrega del oyente al recitador que sería parte integrante e importante de una recitación épica; la reducción de los pies a cinco evita versos demasiado largos, incluso desde el punto de vista tipográfico, y obliga al traductor, ya ceñido por la mayor síntesis de las lenguas clásicas en relación con la nuestra, a ingeniárselas en busca de concisión y exactitud; y, en fin, el riesgo de los espondeos, como antes decíamos, nos asusta más que a Pejenaute, partidario de ellos.

El caso es que yo hace bastantes años que había tenido la suerte de escuchar a Pabón recitar muy bien sus versos de las partes publicadas o inéditas. Solíamos discutir sin llegar nunca a acuerdos claros, pues en definitiva las discrepancias eran siempre de gusto o de oído muy subjetivo. Ahora, por ejemplo, leyendo la traducción del libro VI (supongo, por otra parte, que estará muy modificada en la versión definitiva), anoto estos casos en que quizá le objetara antaño: hiatos duros en espondeo final, como *hay* (34), *estoy* (168); otros más subjetivamente enjuiciables en otros lugares, como *se halla* (42), *me armen* (57), *si eres* (152). En

general yo toleraba mejor el hiato que las sinicesis del tipo de *reataron* (73), *guiará* (301), *rehusó* (329); y lo que menos me gustaba es un procedimiento del que tomo ejemplos de la versión del libro V, pues en el VI no hallo ahora nada: la sinicesis acentuada en calidad de «larga» (*imponiale* en 154) o incluso de «breve» (*sea* en 8, *habría* en 301). Luego se verá cómo pienso hoy a este respecto.

Porque, después de unos años de no ser más que lector de estas pruebas, estoy ahora metido en una serie de ellas. Traduje ante todo unos epigramas de Meleagro y Antípatro de Tesalónica para dos revistas ²⁰; luego, más de la mitad de la obra del primer autor ²¹ con exposición de mi sistema para los pentámetros, de que ahora prescindo para no alargarme; me decidí seguidamente a verter todos los epigramas helénísticos de la *Antología griega*, que están inéditos; luego, la obra entera de Teognis, tampoco publicada hasta hoy; me encargaron a continuación, ya dentro de los hexámetros solos, el libro X de Columela, que tengo en prensa; y terminé por emprender, en esta tarea que me ha proporcionado momentos inolvidables de mi vida, la traducción de todos los bucólicos griegos y latinos que, con un detenido índice de nombres y temas, me propongo ofrecer a los estudiosos de las Literaturas modernas y de que aquí van primicias.

Nunca empleo los seis pies que admite Pabón, pues no me han parecido necesarios. He tenido además, en toda mi obra de este tipo, un cuidado especial en que no presenten asonancias los versos contiguos o entre los que medie uno solo (naturalmente, la repetición en Virg. *Buc.* IX 16 y 18 es copia intencionada del original). En cuanto a la anacrusis, he clasificado los 81 versos de Teócrito aquí dados y observo que no la hay en nueve, siendo de una sílaba en 23 (Pabón últimamente suprime estos versos para evitar el encabalgamiento, cosa que a mí no me parece mal) y de dos en 49. Supongo que la proporción será parecida en todas mis traducciones; se nota que instintivamente busco algo más de espacio para la mayor prolijidad del castellano, y aún así podrá apreciar

20 Fernández-Galiano, 'Doce epigramas de Meleagro', *Persiles* I (1971), número 1, 42-44; 'Tres epigramas de Antípatro de Tesalónica', *El Caracol Marino* n. 68 (febrero 1973) 92.

21 Fernández-Galiano, 'Doce mujeres y un cantor', *Prohemio* II (1971) 195-232.

quien lea y compare que en algunas ocasiones me he visto obligado a dejar fuera un epíteto o palabra poco importante. Lo que no he hecho nunca es alterar el número de versos del original ni tampoco salirme de las normas «ortodoxas» de transcripción o acentuación de helenismos en nuestra lengua.

Pero no han faltado dificultades. La obra ha sido objeto de cinco revisiones, y aún quedan cosas que no me satisfacen. Nótese algunas curiosas comparaciones respecto a borradores anteriores.

En Teócr. XI 1, *otra droga, así a mí me parece* era duro; en 9-10, *su sien y no era / cosa* comportaba hiato; en 13-14, *cantando a / Galatea* me parece hoy intolerable, aunque la nueva solución me ha obligado a suprimir el onomástico; algo parecido ocurría en 34-35, *yo llevo y / las ordeño*; en 58, he preferido el hiato a la sinalefa *esta otra*; en 75, *no busques lo que huye* daba otra fea sinalefa; en Virg. Buc. IX 1 lo mismo ocurría con *a la urbe por este camino*; en 3 era más tolerable la sinicesis de *poseedor forastero*; la versión de 6, *en mala hora traémosle algunos cabritos*, hoy me parece malsonante; y también ha respondido a un nuevo criterio más dado al hiato, reflejo nuevamente de aquellas objeciones a Pabón, el cambio en 62 sobre *que a la urbe con tiempo llegamos*.

Realmente el problema rítmico más importante lo plantean no los tetrasílabos, pues existe una solución obvia con su traslado al inicio del verso, ni tampoco los pentasílabos, en que cabe una acentuación secundaria, sino los tetrasílabos precedidos de artículos o preposición enclíticos que excluyen dicho refuerzo. Ya se ha visto cómo en Teócr. XI 14 no cabía *a Galatea*, mientras que, en cambio, *Polifemo* de 8 y *cortejabas* de Virg. IX 22 son fáciles de encajar.

Los trozos que he escogido, de todos modos, resultan fáciles en este aspecto, pero otras veces me he visto en aprietos. En Teócr. I 15-16, no sé si con la aprobación de los lectores, escribo *tocar al / mediodía*; en 34, *hermosas / cabelleras* no choca; en 75, *infinitos novillos* cabe porque va sin artículo; en 80-81 es fácil la juntura *todos / preguntaban*. El famoso idilio II me ha hecho meditar mucho: probablemente no habré acertado con *la palestra / de Timageto* (8-9) y *al gimna-*

sio / de Timageto (96-97), que obligan, contra lo antes dicho, a poner un acento más o menos leve en la preposición, como en III 45 (*de Alfesibea* en inicio); en II 15-16 he escrito *las de / Perimede*; en IV 58-59, *ese / amorcillo*.

Sin duda la palabra que más me ha preocupado en este sentido es *primavera*. En VIII 41 (*siempre es primavera*) no hay problemas; en VII 97 y IX 34 me he visto reducido al circunloquio *la buena estación*, lo cual es real fallo. Y las mayores durezas las produce el fr. II de Mosco (1-2, *o bien de la / primavera*; 7, *¿primavera es quizá la estación...?*; 15-16, *la siempre añorada estación, la / primavera*). ¡Bonita palabra y feos dilemas!

Pero, en fin, véanse las muestras y juzgue el lector.

T E Ó C R I T O

IDILIO XI = EL CICLOPE

No hay, Nicias amigo, otras drogas, a mí me parece, contra el amor ni tampoco otro unguento ni polvos que las Piérides, pócima dulce y ligera a que el hombre podrá recurrir si la encuentra, lo cual es difícil.

- 5 Lo sabes tú bien: eres médico y te aman las nueve Musas de modo especial. Ése fue por lo menos el remedio mejor para nuestro Ciclope, el antiguo Polifemo, que amó a Galatea cuando un fino bozo apenas su labio sombreaba y sus sienas. Y cosa
- 10 no era su amor de manzanas o rosas o rizos, mas locura completa que todo lo humano ignoraba. Al aprisco a menudo las propias ovejas volvían desde el verde herbazal mientras él se agotaba cantando a la moza del alba al ocaso en las playas algosas
- 15 y llevando en el alma la peor de las llagas, aquella con que le hiriera la flecha de Cipris la grande. Pero supo la droga encontrar y cantó de este modo mirando hacia el mar y sentado en un alto peñasco:

- «¿Por qué, Galatea, no aceptas mi amor, tú que excedes
- 20 a la leche cuajada en blancura, en ternura al carnero, al ternero en ardor, en el brillo a las uvas agraces, y vienes así cuando el dulce sopor me posee y en seguida te vas cuando el dulce sopor me abandona

- y huyes de mí como oveja del lobo canoso?
- 25 De ti me prendé el mismo día en que, niña, viniste
con mi madre queriendo en el monte la flor del jacinto
coger mientras yo como guía el camino os mostraba.
Y, después que te vi, ya mi amor no ha cesado hasta ahora,
pero nada, por Zeus, nada a ti se te da de mis cuitas.
- 30 Y yo sé muy bien, bella moza, por qué me rehuyes,
porque tengo a lo largo de toda la frente una ingente
ceja peluda que a entrambas orejas me llega
y un solo ojo y mis chatas narices encima del labio.
Pues bien, siendo así, mil ovejas al pasto yo llevo,
- 35 las ordeño y con ello me bebo la más rica leche.
Ni me faltan tampoco en verano y otoño los quesos
ni en el más crudo invierno, en que llenas están mis encellas.
Ni hay Ciclope ninguno que aquí la siringa domine
como yo cuando canto por ti, manzanita querida,
- 40 o en la noche cerrada y a solas. Te crío once ciervas
de cuello moteado y también cuatro oseznos te guardo.
Ven, pues, junto a mí, porque nada a perder vas con ello.
Deja al mar glauco que venga a chocar con la costa;
mejor pasarás en mi cueva conmigo la noche.
- 45 Hay laureles allí con cipreses esbeltos y negra
yedra, una viña que frutos hermosos produce
y agua fresca, bebida divina que el Etna abundante
en árboles hace fluir de sus cimas nevadas.
¿Quién prefiriera antes que esto la mar y las olas?
- 50 Y, si yo te parezco tal vez demasiado velludo,
en mi hogar tengo leña de encina y un fuego insaciable;
por ti me dejara quemar hasta el alma o mi solo
ojo, que es para mí lo más dulce que tengo en la vida.
¡Ay! ¿Por qué no me dio unas agallas mi madre al parirme?
- 55 Hasta ti bucear yo podría y besarte la mano,
pues tu boca me niegas; llévate cándidos lirios
y amapolas suaves con pétalos rojos ornadas;
mas aquél en invierno florece y la otra en verano,
por lo cual no podría a la vez regalarte con todos.
- 60 Pero, en fin, aprender a nadar de momento, mi niña,
quisiera, si algún extranjero en su nave aquí llega,
por saber cómo os puede ser grato el vivir en el fondo.
Sal, Galatea, y, cuando hayas salido, te olvidas
de volver a tu casa como hago yo aquí en este asiento.
- 65 ¡Ojalá que quisieras conmigo pastar las ovejas
y su leche ordeñar y hacer quesos con ácido cuajo!
De mi madre me quejo, pues de ella es entera la culpa,
que jamás una buena palabra ha venido a decirte
en mi nombre aunque vea que estoy cada día más flaco.
- 70 Le diré que palpitan al tiempo mis pies y cabeza
y así sufrirá, pues también yo padezco lo mío.

- ¡Ay! ¿Adónde, Ciclope, Ciclope, voló tu cordura?
Si a trenzar te pusieras un zarzo o coger el forraje
que al ganado debieras llevar, más sensato estarías.
- 75 ¡Ordeña a la oveja presente y la esquiva no busques!
¡Hallarás Galateas tal vez más hermosas aún que ésta!
Muchas mozas me piden que juegue con ellas de noche
y todas se ríen conmigo si caso les hago.
Está claro que en tierra también yo parezco ser alguien».
- 80 Tal era el trato que daba a su amor el Ciclope
y más conseguía cantando que dando dinero.

VIRGILIO

BUCÓLICA IX

Lícid as

¿Adónde vas, Meris? ¿Por este camino a la urbe?

Mer is

- Lo que nunca temimos, ¡oh, Lícidas!, vimos en vida;
que un ocupante extranjero de nuestro terruño
nos diga: «Esto es mío; que emigren los viejos colonos».
- 5 Ahora, vencidos y tristes, pues todo Fortuna
lo rige, unos chivos traemos que no le aprovechen.

Lícid as

- Sin embargo, me habían contado que desde que empiezan
a bajar los collados en suave declive hasta el agua
y las hayas antiguas, que heridas ya tienen sus copas,
- 10 todo ello Menalcas logró conservar con sus versos.

Mer is

- Lo oíste y se dijo; mas valen tan poco enfrentados
con los dardos marciales, ¡oh, Lícidas!, nuestros poemas
cual las palomas Caonias si el águila viene.
Y, si no me advirtiera agorera corneja en el hueco
- 15 de la encina que de un modo u otro cortara el litigio,
no viviera ya el Meris que te habla y tampoco Menalcas.

L i c i d a s

- Pero ¿hay alguien de tal fechoría capaz? ¿Los solaces
que tú nos traías perdemos contigo, Menalcas?
¿Quién a las Ninfas cantar, tapizar de floridas
20 yerbas el suelo podrá, poner sombra en las fuentes?
O aquello que ha poco guardé sin decirtelo cuando
cortejabas a nuestra Amarilis, delicias de todos:
«Mientras vuelvo apacientas las cabras, ¡oh Títiro! —corta
es mi ausencia—, y las llevas después a abrevar y no vaya
25 entre tanto a atacarte el cabrón, que cornea a menudo».

M e r i s

O más bien lo que Varo cantaba y que no ha terminado:
«Varo, con tal de que Mantua pueda salvarse,
¡ay de mí!, demasiado cercana a la pobre Cremona,
llevará hasta los cielos tu nombre el cantar de los cisnes».

L i c i d a s

- 30 Que evite tu enjambre los tejos Cirneos; las ubres
de tus vacas distienda el codeso pastado; comienza,
si algo puedes cantar, que me hicieron poeta las Musas
y también yo compongo y cual vate celébranme incluso
los pastores, mas yo no les creo ni tengo por dignos
35 de Vario o de Cina mis versos, graznidos de ganso
que osado se atreve a emular a los cisnes sonoros.

M e r i s

- Tengo, Licidas, otra canción a que estoy dando vueltas
entre mí por si de ella me logro acordar; y no es mala:
«Ven aquí, Galatea. ¿Qué encanto en el mar te retiene?
40 Aquí es primavera purpúrea, se visten la tierra
y los ríos de flores, sombrean los álamos blancos
la cueva y sus pérgolas tejen las parras flexibles.
Ven y deja que hieran la playa las olas furiosas».

L i c i d a s

- ¿Y los versos que oí de tu boca una noche serena?
45 Del ritmo me llego a acordar; ¡si la letra supiese!
«Dafnis, ¿por qué te preocupan los ortos usuales
de los astros? He aquí que la estrella Dionea de César
ha salido, que cuaja en el campo las mieses de grano
y da en las soleadas laderas color a las uvas.
50 Injerta el peral; comerán de su fruta tus nietos».

Meris

Todo lo quita la edad, y también la memoria;
yo de niño los días enteros pasaba cantando
y ahora olvido los versos y a Meris incluso le falla
la voz; es que a Meris le ha visto primero algún lobo.
55 Pero, en fin, ya Menalcas podrá recordarte estos cantos.

Licidas

¡Pretextos, demoras que avivan aun más mi deseo!
Ahora, ya ves, en silencio descansan las aguas
todas y callan del viento los suaves murmullos.
Estamos a medio camino; ya empieza la tumba
60 de Bianor a mostrarse. Cantemos, ¡oh, Meris!, en este
lugar en que agitan los mozos el denso follaje;
deja aquí los cabritos, llegamos con tiempo a la urbe.
O, si es de temer que la noche nos traiga la lluvia,
cabe también que cantemos andando; se alivia
65 el camino con ello y tu carga yo puedo llevarla.

Meris

Deja, muchacho, y hagamos ahora lo urgente.
Ya cantaremos canciones cuando él haya vuelto.

MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO